

J. P. Pérez Sáinz
Peter C. Meir
Sabine Fischer
Alan Middleton
Fabio Villalobos
Oswaldo Albornoz P.
Winston Moore Casanovas
Leopoldo Allub
Marco A. Michel
Erika Silva
Iván Irigoyen Mullen
Alejandro Moreano

Rafael Quintero
René Zavaleta
Segundo Moreno
Mishy Lesser
José Bengoa
Roberto Mizrahi
Manuel Agustín Aguirre

**NUMERO
DOBLE**

**REVISTA
CIENCIAS
SOCIALES**

15
16

volumen V-1984

DIRECTOR: Rafael Quintero

CONSEJO EDITORIAL: Gonzalo Abad, Oswaldo Albornoz, Iliana Almeida, Enrique Ayala, Luis Barriga, Amparo Carrión, Adrián Carrasco, Alfredo Castillo, Diego Carrión, Agustín Cueva, Martha de Diago, Esteban del Campo, Manuel Chiriboga, Bolívar Echeverría, Xavier Garaicoa, Daniel Granda, Andrés Guerrero, Nicanor Jácome, Juan Manguashca, Pablo Mariñez, Manuel Medina Castro, Enzo Mella, Manuel Miño, Alejandro Moreano, Segundo Moreno, Ruth Moya, Elías Muñoz, Gonzalo Muñoz, Miguel Murmis, Lautaro Ojeda, Oswaldo Barsky, Simón Pachano, Françoise Perus, Arturo Roig, Napoleón Saltos, Erika Silva, César Verduga.

CORRESPONSALES: Eduardo Archeti (Países Escandinavos), Eduardo Serrano (Cuba), Luis Borchies (Suecia), Fernando Ossandón (Perú), CESEDE (Francia), Raúl Iriarte (Chile), Daniel Camacho (Costa Rica), Mario Posas (Honduras), Percy R. Vega (Guatemala), Raúl Leis (Panamá), Angel Quintero (Puerto Rico), Virgilio Godoy y Reyes (Nicaragua), Jean Casimir (Trinidad—Tobago), Cary Hactor (Canadá), Milagros Naval G. (Madrid), Clóvis Moura (Sao Paulo), Jeannette Kattar (Senegal), M. Cristina Cordero (Australia), Pablo Estrella (Cuenca), Rubén Calderón (Machala), Liiza North (Toronto), Marco Antonio Michel (México, D.F.), Carlos Ojeda Sanmartín (Esmeraldas).

**UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FACULTAD DE JURISPRUDENCIA
ESCUELA DE SOCIOLOGIA**

DECANO DE LA FACULTAD: Dr. César Muñoz Llerena.

**DIRECTOR DE LA ESCUELA DE SOCIOLOGIA:
Dr. Gonzalo Muñoz**

Instituciones Asociadas:

**CEPLAES, CIUDAD, CIESE,
FLACSO**

REVISTA CIENCIAS SOCIALES

Revista Trimestral

**PRECIOS: Ejemplar único 150 sucres
Número doble 200 sucres**

SUSCRIPCION ANUAL (cuatro ejemplares):

Ecuador	500 sucres
Europa, Canada, México y Centroamérica	30 US Dólares **
Sudamérica	25 US Dólares **

**** Correo Aéreo**

**CANJES: Biblioteca de la Escuela de Sociología,
Universidad Central del Ecuador,
Ciudad Universitaria, Quito - Ecuador.**

**SUSCRIPCIONES: Biblioteca de la Escuela de Sociología,
Universidad Central del Ecuador. Teléfono 235430.**

**LEVANTAMIENTO DE TEXTOS: Sra. Clemencia de Ortiz
Francisco de Nates 401 e Hidalgo de Pinto,
Teléfono 450351. Quito - Ecuador.**

**DIAGRAMACION Y ARMADO: CIUDAD, Alejandro
Valdez 409, Teléfono 523647. Quito - Ecuador.**

PORTADA: Marco Vásquez

**COMUNICACIONES al DIRECTOR: Villalengua 1410,
Teléfono 453773. Quito - Ecuador.**

EL CAMINO A "LA VICTORIA"

ESTUDIO DE CASO DE UN BARRIO POPULAR QUITENO

Mishy Lesser*

A lo largo de los últimos diez años la ciudad de Quito ha adquirido a su alrededor cientos de barrios periféricos, en su mayor parte de escasísimos recursos y habitados por nativos de todas las provincias del país. Durante la mayor parte de 1981, mantuve una presencia casi cotidiana en uno de estos barrios situado encima de un costado del Pichincha.

Para los fines de este artículo llamaremos al barrio "La Victoria" que sin ser el nombre verídico del barrio, recoge dignamente el sentido intencionado de su nombre real. Los interrogantes principales del estudio eran:

- cuáles ingredientes constituyen una estrategia viable de sobrevivencia en la urbe;
- qué diagnóstico puede hacerse del proceso de movilización inicial y desmovilización posterior de la lucha reivindicativa de los moradores;
- la relación entre diferenciación social y falta de cohesión política de los moradores;
- la relación entre niveles de ingreso y poder barrial;
- las características del proceso migratorio y sus efectos sobre la estructura ocupacional y familiar de los moradores.

Desde luego que los alcances de este trabajo son limitados por el mismo hecho de que se trata de una investigación microsocial sobre una problemática que hasta ahora ha sido relativamente poco estudiada en la urbe de Quito. La escasez de elaboraciones sobre este tipo de barrio hace difícil que plantee con rigor científico el grado de representatividad de dicho barrio en el contexto general de la ciudad. Hay otro problema, ya de orden metodológico que acompaña las investigaciones he-

chas a pequeña escala, es que suelen reducirse a una argumentación basada excesivamente en los motivos individuales—psicológicos—culturales de los sujetos estudiados. Consciente de eso, he intentado situar las investigaciones en un marco más global e histórico. De las cincuenta encuestas—entrevistas hechas en un barrio de alrededor de 450 moradores, he escogido unos pocos que resumen la problemática e historia de la gran mayoría.

Es así que si con algo aporta este estudio, no es con argumentación estadística, ya que desde un comienzo mis objetivos no eran los de una investigación netamente empírica. Más bien, la intención era aproximarme al entendimiento de una realidad sumamente dinámica, compleja, que difícilmente sigue esquemas conocidos o pre—establecidos.

Finalmente quiero agradecer por el interés y apoyo que han demostrado en este estudio a las siguientes personas: Santiago Carcelén, Carlos Larrea (FLACSO), los compañeros Ida de Valle, Nelson Jurado y Marcelo López del CAAP (Centro de Arte y Acción Popular), con los cuales abrimos el trabajo en el barrio, el Dr. Telmo Hidalgo, el Arquitecto Jorge Vera, y por sobre todo a las compañeras y compañeros de "La Victoria", quienes me aceptaron en su mundo con cariño y generosidad sin límites y quienes hicieron un gran esfuerzo por entender lo que a los científicos sociales nos cuesta explicar: el propósito de nuestra labor.

* Esta investigación fue realizada mientras era becaria de la Comisión Fulbright de los EE.UU. en el Ecuador, y bajo un convenio de la FLACSO - Quito como investigadora social afiliada.

INTRODUCCION

Características generales de la migración en el Ecuador: 1960 hasta el presente

El fenómeno de la migración laboral es uno de los múltiples factores que nos permiten tomar el pulso al modelo de acumulación capitalista, para así ir entendiendo con mayor precisión los cambios socio-económicos que éste impone sobre el conjunto de la sociedad.

El despliegue de los grandes movimientos poblacionales en el Ecuador tiene su origen en la transformación de las relaciones de producción no capitalistas en el campo ecuatoriano, generando una sobre población relativa que se desplaza en búsqueda de su propia valorización. La imposibilidad de absorber la nueva mano de obra surge de un cierto estancamiento a nivel de la hacienda serrana que trabó la creación de nuevos huasipungos, instando una emigración hacia la costa donde la instalación de relaciones capitalistas en el agro y el boom bananero abrieron nuevas posibilidades ocupacionales. Además de trabajar directamente en la agricultura de la zona, los campesinos serranos trabajaban despoblado montañas, recolectando arroz y como cargadores.

Durante la mayor parte de la década de los sesenta crecen las zonas urbanas del país producto de una migración intraregional. Con el advenimiento de la crisis bananera en 1963 se cierran las posibilidades de expansión del sector agro exportador y por lo tanto llega a predominar el movimiento del campo a la ciudad por sobre el de la sierra a la costa. Queda en claro que predomina una migración escalonada cuyo punto de partida son los pequeños poblados rurales, que pasando por las ciudades menores llega a las capitales provinciales, y culmina en uno de los dos centros de mayor concentración demográfica en algunos casos. Una vez que se cobran los efectos de la reforma agraria de 1964, aparece con fuerza el fenómeno de la migración temporal o circulatoria. Con la proliferación de minifundios, queda desfasada una adecuada reproducción de la fuerza de

trabajo familiar, motivando la emigración de por lo menos un delegado (casi siempre masculino y relativamente joven) a procurar una fuente monetaria para ensanchar el fondo de sobrevivencia familiar.

El desprendimiento de uno o más miembros de la unidad familiar crea un vasto semi-proletariado que de hecho entra a reflejar de manera gráfica la coexistencia de distintas relaciones sociales de producción en el país. Este semi-proletariado es sometido a las reglas del capital y a la vez constituye parte de su formación social, mientras permanece dentro del círculo de vida de la parcela y la economía familiar.

Esta masa, una vez en la urbe, encuentra limitadas aperturas al mercado de trabajo, terminando en muchos casos obligado a auto-generar sus ocupaciones. Como este sector de emigrantes no se plantea el radicarse en la urbe, sino que ganar un diario, semanal o mensual y luego regresar a su tierra para ayudar en el proceso de cultivo, entonces no procura una vivienda estable o propia en la urbe. Por lo general duermen en uno que otro dormitorio popular en el centro, en un portal, o en el mejor de los casos, arrienden entre varios una pieza ¹.

Desde luego que esta permanente ida y venida de la urbe constituye un nexo entre dos sistemas de valores y dos lenguajes. Y va reforzando una marcada división sexual de trabajo ². Son fundamentalmente las mujeres que se encargan de la producción agrícola para la subsistencia que de hecho abastece una gran parte de los bienes y servicios requeridos para la mantención de la fuerza de trabajo masculino, semi-proletarizado y fluctuante. Este hecho abarata el costo de la mano de obra urbana, ya que con el respaldo de la parcela, el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo se reduce sustantivamente. Además, como el migrante temporal tiene la singular preocupación de regresar a su tierra con el máximo de dinero posible, limita al extremo su consumo de bienes en la ciudad. Más adelante veremos como, en el contexto urbano, dado lo limitada que es la producción agrícola, se van encontrando alternativas dentro de una estrategia de sobrevi-

vencia: se compran lotes que permiten el cultivo; los niños salen a trabajar; la familia ampliada convive en un barrio marginal; se hacen frecuentes viajes a la tierra natal para traer productos agrícolas; las mujeres salen a ganar un sueldo. Esto último es ilustrado en que según el censo de 1974, a nivel nacional, el 16 por ciento de las mujeres están incorporadas a la fuerza de trabajo, mientras que a nivel urbano la cifra asciende a un 26,6 por ciento. En todo caso, aún nos falta una definición rigurosa de lo que constituye el empleo femenino: ¿lo es la producción agrícola para la sobrevivencia (por ejemplo la cría de pollos, cuyes, chanchos) en los barrios periféricos?

Otro elemento que ha condicionado los flujos poblacionales en el Ecuador es el mismo proceso de industrialización que coge vuelo a mediados de los años sesenta, trayendo consigo un aumento del capital extranjero, y un aumento de la composición orgánica del capital, tendencias que justamente reducen los requerimientos de fuerza de trabajo. Es así que la emigración a los centros industriales se ve mediatizado por lo menos de parte de quienes buscaban un trabajo asalariado estable. No así con los artesanos, por ejemplo, quienes pueden reubicarse en la urbe con todo su aparataje de trabajo, convirtiéndose así en migrantes potencialmente definitivos. Es el alto número de artesanos y obreros de la construcción, y en menor medida los trabajadores de servicio e industria que van poblando los nuevos barrios periféricos de Quito.

SEGREGACION DEL SUELO QUITEÑO Y LAS LOTIZACIONES CLANDESTINAS.

La repartición del espacio físico en el teatro urbano nos ofrece un retrato de la división social predominante. En el caso de Quito esto se traduce en una segregación norte-sur y una distribución de los servicios básicos y obras de infraestructura, privilegiando a las zonas habitadas por los dueños del poder y sus administradores. La dotación de equipamientos urbanos se hace casi exclusivamente en función de las necesidades del modelo de acumulación, cuyos represen-

tantes en la urbe incluyen a los grandes especuladores de terreno y los empresarios de la construcción.

La crisis económica que sacudió al país entre 1930-1948 dejó algunas válvulas de escape para quienes supieron aprovecharlas. Concretamente en el caso quiteño, habían enormes ganancias al alcance de aquellos terratenientes afortunados de poseer predios localizados en la periferia de la urbe, a partir de las cuales y con el abierto respaldo del Cabildo Municipal, era posible lotizar a precio de especulación. Las ganancias exorbitantes eran realizadas con el visto bueno del Municipio que se abstuvo del ejercicio de regulaciones al proceso de compra y venta. Este aportó al negocio dándole una cobertura institucional, una vez cerrado el contrato. O sea ajustaban las fronteras urbanas para incluir ciertos predios, y con el dinero recaudado de los ciudadanos que pagaban impuestos, compensaba por el hecho de que los especuladores entregaban terrenos ausentes de los servicios básicos de acuerdo a los estándares urbanos. Posteriormente el mismo Municipio entró a encargarse del proceso de compra, urbanización y venta de algunos terrenos disponibles, pero que de hecho no entraron sino a beneficiar a las empresas constructoras y a reafirmar la segregación clasista del espacio físico y la dotación de servicios.

La recuperación económica que acompañó al boom bananero a partir de 1948 le da más oxígeno todavía a la expansión de la industria constructora. Esta lleva a cabo determinados proyectos de vivienda y extensión de algunas obras de infraestructura y servicio, todo al interior de una urbe, cuyas fronteras han sido estiradas una vez más, ahora llegando a incluir zonas hasta ese entonces físicamente inaccesibles³.

Durante los años cincuenta surgieron en las nuevas comunidades populares, algunas organizaciones barriales que trataron de influenciar a la política municipal. Con el golpe de estado de 1963 y la instalación gubernamental de la primera junta militar, se rompen estos organismos y lo que había sido una lucha articulada entre distintas localidades, fue, por la fuerza, atomizada. Este

período de las dictaduras fue también uno de débil rendimiento económico: déficit en el balance comercial, aumento de la deuda externa, debilitamiento de la moneda nacional, aumento de la desocupación. Sin embargo, uno de los sectores más lucrativos seguía siendo la construcción. A pesar de la inestabilidad económica reinante, el aparato estatal se fortaleció, multiplicando el sector de funcionarios y burócratas. Al ensanchar sus filas, las capas medias aumentaron su capacidad adquisitiva en todas las ramas del consumo, incluyendo la de la vivienda. Entre ese hecho y los primeros flujos migratorios post-reforma agraria, la multiplicación del espacio urbano fue muy caótica. De hecho entre 1970 y la fecha, el tamaño de Quito prácticamente se ha duplicado, llegando hoy a incluir aproximadamente 75 lotizaciones clandestinas. Frente a dicho crecimiento, el Municipio trató de adecuarse con una política de planificación y urbanización, pero que al final terminó acentuando más aún la segregación del suelo y la dotación de servicios. Esta misma división territorial fue transformando aquellos barrios que tradicionalmente recibían a los migrantes durante su estadía inicial como arrendatarios. Los propietarios en el centro de Quito, por ejemplo, durante los últimos diez años han aumentado los precios de arriendo para incrementar la rentabilidad de sus propiedades, contribuyendo así a la expulsión del emigrante ya no del campo sino del centro de la urbe a su cordón periférico.

Para evitar que el escenario quiteño se convirtiera en un duplicado de la guayaquileña, preñado de invasiones de terrenos, y un grado de movilización popular a veces difícil de controlar por las autoridades, el municipio quiteño adoptó una postura flexible y hasta a veces conciliadora, balancéandose entre la represión y la búsqueda de consenso a través de la ocasional entrega de servicios, infraestructura y terreno, todo cimentado con la lenta edificación de una clientela electoral a favor del Partido Liberal, que en ese entonces controlaba el Municipio.

El carácter sumamente heterogéneo de los nuevos barrios populares —cubriendo en el

espectro desde sectores de la pequeña burguesía empobrecida, pasando por obreros fabriles, funcionarios del Estado, estudiantes universitarios, obreros de la construcción, lavanderas, vendedores ambulantes y ladrilleros en hornos artesanales— hace difícil la cohesión de estos. Además está el agregado de que a pesar de los muchos inquilinos residentes en los barrios populares, la mayor parte de la población y el sector más unido y poderoso es el de los propietarios de terreno y vivienda, quienes por el mismo hecho de ser propietarios y mayormente pobres, consideran como la conquista de sus vidas el haber logrado comprarse un lote y levantar una mediagua que sea. El hacerse propietario constituye un hecho trascendental en las vivencias de estos moradores ya que la gran mayoría son allegados en Quito, después de un relativamente prolongado tramo de aproximaciones. Y en la mayor parte de los casos, hubo un doble hecho que marcó la decisión de permanecer en Quito (versus el regreso a su tierra natal o a algún otro lugar conocido en el trayecto migratorio): Consecución de un trabajo "estable" y el rompimiento de la condición de arrendatario. Una vez que esas dos dimensiones se resuelven, es muy difícil que la gente se plantee con seriedad el regreso a su tierra natal; pero hasta el momento de toma de la decisión, casi siempre dejan una puerta abierta. Y por lo general, es una puerta que no hay que forzarla ya que como la mayoría de los migrantes provienen de familias que sobreviven de la agricultura, sean éstos pequeños propietarios, partidarios o arrimados, prácticamente siempre hay adonde regresar y como acomodarse. De hecho la primera etapa de la migración escalonada es usualmente un aventurarse a trabajar por un tiempo definido en otra parte y luego el regresar a la casa de uno. Ese vaivén se repite durante años, sobre todo cuando se trate del migrante joven. En todo caso, cuando este proceso se resuelve a favor de la migración permanente (en vez de la temporal/circulatoria), la entrada a la urbe y la asimilación de sus valores, y hasta la negación de los orígenes de uno, se da con fuerza. Este proceso de desculturización es quizás más evidente cuando lo exa-

minamos más adelante en dos estudios de casos: se trata de un caso de tres hermanos que son vecinos y en el otro caso de dos hermanas que también son vecinas. La diferencia entre los ingresos de los familiares es contundente, como también la animosidad entre las partes. De hecho los más acomodados han vivido un proceso intensivo de "acholización" y los hermanos vecinos les son un recuerdo demasiado gráfico y cercano de un pasado que la deculturización tiene que borrar.

Este conjunto de factores (heterogeneidad económico—social—racial—étnica; el hecho de tener algunos inquilinos pero mayormente propietarios cuyas condiciones como tales constituye un hito en sus vidas; el proceso de desculturización y arribismo) hace muy complejo el proceso de cohesionamiento y movilización de los barrios populares. Y si bien algunos barrios se han organizado para exigir del Municipio una solución a sus problemas reivindicativos, por lo general esto se hace aislado de otros barrios, permitiéndole al Municipio "regalar favores" de vez en cuando a los barrios "más molestos". Y cuando hay brotes de militancia, estos pecan de permanencia y proyección; además una vez atendidos por las autoridades, por lo general estos se desinflan, dificultando una posterior recuperación. Una vez que poseen: lote, casa, agua y luz, la mayor parte de los moradores están conformes. La pavimentación de las calles, la instalación del alcantarillado, servicio de transporte, teléfonos, servicios de salud, quedan postergados. Ya han conquistado lo básico y no tienen la costumbre ni la orientación de irse más allá. Por eso, tiene más que un valor simbólico, el hecho de que el lugar estudiado se llama "La Victoria".

EL CAMINO A "LA VICTORIA"

El Dr. Alfonso Cebados Gaitán* era uno de aquellos hacendados ya mencionados que tuvo la buena fortuna de ser dueño de un gran predio cercano a Quito. Sus herederos vendieron la propiedad a Leticia Alvarado de Perez*, quien antes de hacer una de las grandes especulaciones del suelo quiteño, era negociante de leche a gran escala. Después

de la reforma agraria, ella fue lo suficientemente astuta como para visualizar la gigantesca ola migratoria que se iba a presenciar en Quito. Empezó a comprar docenas de hectáreas en distintas partes periféricas a la ciudad, empleando los servicios de un intermediario para encargarse de la lotización misma. Cuando se trataba de un área más o menos significativa, muchas veces usaba más que un intermediario, no sólo para facilitar el control de la venta sino también para desde el inicio estructurar barrios separados. La experiencia le había enseñado que a la larga los compradores se convertirían en sus adversarios y tener una oposición fragmentada es más fácilmente manipulable.

En el caso de "La Victoria", Leticia Alvarado contrató los servicios de Rogelio Muñoz*, un pequeño comerciante de Riobamba, en 1976. Para vender las cinco hectáreas que se compró de Alvarado, Muñoz colocó avisos en los periódicos y las radios quiteñas, anunciando la venta de lotes con facilidades de pago. Llegaron personas de casi todas las provincias de la sierra y, como Muñoz era paisano de muchos de ellos, les ganó cierta confianza.

Entre los primeros compradores había uno con experiencia sindical. El se acercó a la Confederación de Trabajadores del Ecuador (CTE) a pedir asesoría legal en la resolución del problema de las escrituras. La CTE le puso en contacto con el Dr. Telmo Hidalgo, abogado, dirigente socialista y respetado militante sindical desde hace tres décadas. Fue a raíz de las gestiones que empezaron a realizar que los moradores se enteraron de que Leticia Alvarado era figura conocida en el municipio ya que a pesar de la cantidad de tierra que había comprado, jamás había pagado los obligatorios impuestos y las veces que algunas autoridades la habían tratado de demandar y multar, ella se había revelado como una persona muy poderosa con amigos influyentes justamente al interior de aquellas instituciones que la deberían estar acusando. De hecho Leticia Alvarado tenía un hermano que era Ministro durante el

* Nombres ficticios.

gobierno de Velasco Ibarra y por su cuenta ella había alimentado una red solvente de aliados y protectores.

En el entretanto la faz de "La Victoria" había cambiado radicalmente. Al comenzar la lotización, de hecho lo que se estaba vendiendo era el flanco de un cerro repleto de árboles de eucalipto. Apenas había un caminito de tierra para subir la cuesta y llegar a los lotes. Mucha gente compró su lote sin ni siquiera haberlo visto. Rogelio Muñoz les había prometido que no habría ningún problema con el agua y la luz. Pero como dijo uno de los originales moradores, "toditos nos caímos como abejas en la miel". Al llegar a reclamar su lote, el comprador se encontraba con tremenda sorpresa: no había agua, ni luz, varios lotes habían sido vendidos a más de un comprador, y para levantar una mediagua había que despoblar, desbancar y luego construir. Como relata uno de los fundadores del barrio.

"nosotros compramos ilusionados estos terrenos ya que el Sr. Muñoz nos había engañado...cuando ya venimos a tomar posesión de nuestros terrenos y al querer adquirir estos bienes (el agua y la luz, etc.) fue todo falso... En vista de este problema los pocos moradores de ese entonces nos movilizamos y formamos un comité interino... (y) este comité comienza realizando mingas, arreglos de la calle... y cunetas..."⁴.

Al interior del barrio empezaron a converger las gentes más dispuestas a presionar por el mejoramiento del barrio. Se generaron espontáneamente reuniones entre una docena de vecinos para delimitar las acciones y medidas necesarias. Dicha instancia pecaba de una estructura o lineamientos definidos. Para atacar el problema del alumbrado, una comisión de voluntarios se acercó a las autoridades de la empresa eléctrica para solicitar la instalación de la luz. La empresa exigió el número y dirección exacta de las casas. Pero como los moradores no habían ni siquiera presentado las escrituras al municipio, se quedaron incapacitados para responder a las exigencias de la empresa, entre las cuales también figuraba la obligación de dar mil sures de de-

pósito por morador. Se depositó S/. 38.000 en la empresa, que respondió extendiendo un recibo pero nada de luz. En algunos círculos se habló de coger la luz de la calle de abajo con una instalación propia y por cierto ilegal; otros rumoreaban que el coger la luz sin autorización provocaría a las autoridades de la empresa a requisar casa por casa todos los artefactos eléctricos. Pero a mediados de 1978, una docena de personas, sin la aprobación ni el respaldo del conjunto del barrio, compraron cable, lo tendieron de los postes cortados del bosque y unieron su cable a la red de la empresa eléctrica. Al iluminarse el barrio por primera vez, todos se conectaron a la instalación, incluyéndose aquellos que habían desconfiado en la acción. Los iniciadores de la acción sabían que "por esto pagarían una fuerte suma de dinero como multa o talvez guardarían prisión..." Y según otro, "yo soy el primero que vivo abajo, así que soy el primero que voy a la cárcel pero no me voy por ladrón... sino... por ayudar al barrio... así que sigamos la lucha, y seguimos..."⁵.

Enseguida hubo una asamblea en el barrio para discutir las medidas a tomarse para evitar represalias. Se decidió recurrir otra vez al Dr. Telmo Hidalgo. Este acompañó a los delegados del barrio a negociar con las autoridades de la empresa eléctrica, quienes después de varias audiencias informan que van a cortar la luz. El Dr. Hidalgo les contestó que: "si el barrio que ha cometido el delito hubiera sido de personas millonarias, no hubieran tenido estos problemas... ha sido un delito el venir voluntariamente a declarar lo que se ha hecho, dar trabajando todas las instalaciones y venir a rogar que nos sigan cobrando el consumo...si las autoridades no ceden, traeré a los moradores del barrio San José de Monjas que ya los conocen y junto a los de "La Victoria" cerraremos las puertas de la empresa y no dejaremos entrar a nadie hasta que seamos atendidos"⁶. Al día siguiente las autoridades de la empresa pidieron disculpas por la demora y ordenaron la tendida de la red para el barrio.

Una vez resuelto ese problema el Dr. Hidalgo sugirió la elección de un comité Pro-Mejoras para "tener mayor fuerza en to-

dos los trámites que se presenten en el futuro". La primera directiva fue elegida en mayo de 1978. Una de sus primeras tareas consistió en dotarle de nombre al barrio. Entre dos dirigentes se dio la siguiente conversación:

"... mientras conversábamos me recordé de un barrio "La Victoria" en la costa; entonces sugerí que le pongamos al barrio ese mismo nombre porque aquí nosotros, sea lo que sea, estamos triunfando... Entonces se puso a votación en una sesión de los vecinos y salimos favorecidos" 7.

Con el apoyo del Dr. Hidalgo, la nueva directiva se dedicó a resolver la tramitación de las escrituras y la perforación de un tubo de agua que por casualidad pasaba por el barrio. Se llegó a instalar un grifo en cada una de las cuatro calles; posteriormente se amplió a un grifo por cada 8—10 casas, y se estableció un horario rotativo para la colección del agua.

Con el cambio de mando en el Municipio de Sixto Durán Ballén a Alvaro Pérez, se legalizó la lotización y se completó la entrega de las escrituras. La popularidad de Pérez en varios barrios periféricos se debe principalmente a eso: la entrega de títulos de propiedad, cuestión rotundamente negada por Sixto Durán. Entonces los de "La Victoria", al ser incorporados oficialmente a la urbe, empezaron a pagar impuestos municipales, hecho que debidamente les hace sentir con el derecho de exigir del Municipio una atención concorde a sus necesidades. Sin embargo, a pesar de dicho sentimiento —bastante generalizado entre los moradores— se ha conseguido poco desde ese entonces. Las causas de eso se derivan tanto de la coyuntura general a nivel urbano (la iniciativa se mantiene en manos de los sectores dominantes, ausencia de un programa de lucha y red organizativa que articule y canalice los diversos intereses de los sectores populares) como de las particularidades de los barrios periféricos (heterogeneidad en la composición socio-económica de los moradores, atomización de los barrios entre sí, insuficiencias por parte de los dirigentes barriales). Pasemos a analizar estos últimos factores en el ámbito restringido de "La Victoria".

"LA VICTORIA": ESTUDIO DEL CASO

(La encuesta y entrevistas realizadas fueron hasta cierto punto informadas, o sea no completamente al azar. De hecho me interesaba hablar con mujeres y hombres por igual, no sólo con el jefe de hogar; también procuraba conversar con inquilinos y propietarios, dirigentes elegidos y con las personas nacidas en Chimborazo que prácticamente habitan toda una calle. Por eso no argumentaré la representatividad de los resultados).

ALCANCES SOBRE EL PROCESO MIGRATORIO

La gran mayoría de los moradores proviene de familias que sobrevivían en base a la agricultura. El espectro cubre desde hijos de propietarios de 50 hectáreas hasta hijos de partidarios sin terrenos propios. En todos los casos los hijos trabajaban en la agricultura desde niños, tanto hombres como mujeres. El imperativo de dejar la escuela casi siempre venía de la falta de un fondo monetario para la subsistencia familiar, sobre todo en caso de los partidarios, cuyo pago era en productos y no dinero. Los niños salían entonces a ganar un diario (S/.6, era el pago unos 20 años atrás) trabajando en alguna hacienda o tal vez acerrando madera, recolectando leña o haciendo carbón. De hecho esos primeros pasos hacia el mercado de trabajo asalariado son la señalización de que el sujeto inicie su proceso de conversión en semi proletario o proletario. Enfatizamos lo de primeros pasos porque de hecho el recorrido que se inicia llevará —en la mayoría de los casos— varios años y pasaría por múltiples lugares geográficos y tipos de empleo hasta estabilizarse. Entre los entrevistados, tenemos a personas que vivieron hasta en nueve lugares distintos entre el momento en que salieron de sus tierras hasta su llegada a Quito, y una vez en Quito la mayor parte ha conocido cinco barrios distintos mientras arrendaban. El promedio de lugares de residencia para los hombres es mayor que para las mujeres (3.15 versus 2.6 respectiva-

mente). Y lo más común entre las mujeres es que vinieron a Quito, siendo jóvenes, en compañía de algún pariente y trabajan como domésticas puertas adentro. Las que han vivido en distintas partes generalmente lo hacían junto a sus maridos o convivientes.

Tabla I: Lugar de Origen de Entrevistados

Sierra Norte:	Carchi	5
	Imbabura	1
	Pichincha	6
	Cotopaxi	9
	Tungurahua	0
Sur:	Los Ríos	0
	Bolívar	4
	Chimborazo	15
	Cañar	1
	Azuay	3
	Loja	<u>6</u>
	Total	50

En "La Victoria" predominan los nativos de Chimborazo, Cotopaxi, Loja, Pichincha y el Carchi en ese orden. Es interesante hacer notar que en la tercera calle subiendo el cerro, prácticamente todos los lotes son habitados por gente de dos pueblos vecinos de Chimborazo (el Chazo y Penipe). De doce casas, ocho son de chazeños y penipeños, sumando un total de 61 personas (entre adultos y niños). Entre los adultos que laboran fuera del barrio, hay seis que trabajan como vendedores ambulantes de helados.

Los chazeños y penipeños naturalmente se llevan más entre ellos y hay varios lazos de parentesco que les unen. Aparentemente lo que sucedió es que un señor de Penipe se compró un lote y luego llevó personalmente donde Rogelio Muñoz a varios familiares y paisanos que a su vez adquirieron lotes. Como Muñoz también era paisano, les trató de acomodar y de hecho la mayoría se ubicaron en fila, compartiendo en algunos casos los lotes a medias. La existencia de esa pequeña comunidad de chazeños y penipeños al interior del barrio, de una manera u otra va recreando ciertos rasgos de la cultura natal de estos moradores. Quizá el rasgo más fuerte

es la mantención de un contacto relativamente constante con sus lugares de origen. A veces algunos de ellos viajan juntos a sus pueblos, o cuando visitan parientes de allá, traen productos agrícolas que son compartidos entre paisanos como un gesto de amistad. También entre ellos se han ayudado a conseguir empleo. Dado que la mayor parte de esta gente es hija de propietarios, poseyendo en varios casos ellos mismos terrenos allá, ellos realizan viajes más frecuentes a su tierra natal que el resto de los moradores entrevistados. De hecho hay quienes van a lo mucho cada tres años a sus provincias, mientras que varios chazeños y penipeños van cada tres o cuatro meses. En estos casos no se trata de una migración circular; de hecho quienes viajan son propietarios en Quito con trabajos estables, y la mayoría no pretenden regresar a vivir en su tierra natal. Pero debido a que son comunidades de propietarios (sobre todo el Chazo), queda toda una estructura socio—económico—cultural a que regresar, no así en otros casos en que los padres eventualmente siguen los pasos migratorios de los hijos, rompiendo en gran medida los lazos con el lugar de origen.

ESTRUCTURA OCUPACIONAL

Dentro de los entrevistados predominan los artesanos, conforme a la tesis de que ellos constituyen el sector que más fácilmente emprende la migración permanente. La mayoría de los artesanos son carpinteros y ladrilleros. También hay un zapatero, un joyero y dos tejedoras. En algunos casos el ser artesano sirve como colchón para cuando otros trabajos (de la construcción, por ejemplo) fallan. Al llegar ese momento, los hombres y mujeres retoman sus antiguos oficios por el tiempo que sea necesario.

Luego siguen los obreros del sector de servicio, los de la pequeña industria (costureras, panaderos), los empleados, los obreros calificados (electricista, plomero, tractorista), los peones, los vendedores ambulantes (siendo todos ellos propietarios de un lote) y las lavanderas (donde entre las entrevistadas y a nivel general hay un porcentaje mayor de arrendatarias). Varios obreros de la construc-

ción son inquilinos, y de los peones, dos son allegados y dos viven en una mediagua donada por el dueño del horno donde laboran. Si bien es cierto que muchos moradores empezaron su trayectoria de empleo en Quito como vendedores ambulantes —en muchos casos de los helados porque el dueño de la Heladería Popular era de Penipe— la mayoría lo pudo dejar para asumir otro oficio. Por ejemplo, de los artesanos entrevistados, cuatro habían sido vendedores ambulantes en algún momento. Y los que quedaron con ese trabajo tienen un nivel principiante de educación y falta de adiestramiento para el ejercicio de otro oficio: uno nunca pudo ir a la escuela, otro llegó hasta segundo grado y el otro hasta tercero. Indudablemente que ese factor influye en la falta de opciones para el empleo.

Hay también tres pequeños comerciantes dentro de los entrevistados, todas mujeres; una que gana S/.800 mensuales de una tienda rudimentaria que ella y su hijo de diez años operan en un rincón de su mediagua de tres cuartos. Además de sacar una ganancia miserable, la mujer está endeudada por lo caro que es pagar el flete para subir la mercadería hasta el barrio. Otra comerciante está en un proceso de compra y venta permanente, de una enorme variedad de productos que de una manera informal ella distribuye a cambio de una comisión. Su ganancia no ascendería los mil quinientos sucres mensuales. Y finalmente hay otra que es contrabandista de algunos bienes de consumo e ítems agrícolas, cuya ganancia es desconocida pero es lo suficiente como para tener un carro y una doméstica que vive puertas adentro.

Del empleo femenino propiamente tal, de las 23 entrevistas, 16 trabajan en un total de 20 empleos rentables afuera del hogar. Predominan las lavanderas, costureras, artesanas, pequeñas comerciantes y luego hay vendedoras ambulantes de helados, auxiliares de enfermería, ladrilleras y peonas. Estos trabajos, mayormente de tiempo completo, se agregan al trabajo doméstico de cocinar, comprar, arreglar la casa, lavar, planchar, y cuidar los niños. De las 16 mujeres, sólo las tres costureras (hermanas solteras que viven juntas) no tienen que cuidar niños.

En cuanto a las mujeres que no salen del hogar, una las ve cumpliendo a diario labores que son de singular importancia en la estrategia de sobrevivencia: peonas de la construcción y cargadoras en el mejoramiento o ampliación de la vivienda, mezcladoras de cemento, carpinteras, desbancadoras; cuidadoras de chanchos, cuyes, pollos y conejos que implica la recolección casi cotidiana de hierba para alimentar los animales; matadoras de los animales; sembradoras de maíz y habas.

Tabla II: Estructura Ocupacional

Artesanos		10
Obreros:	pequeña industria	4
	calificados	3
	industriales	2
	servicio	5
	construcción	2
	transporte	1
Peones		4
Lavanderas		3
Empleados		5
Estudiantes universitarios		1
Pequeños Comerciantes		3
Vendedores Ambulantes		4
		<hr/>
	Total:	47

En cuanto al promedio de ingreso mensual por persona, lo más bajo es S/.264 correspondiendo a una familia de nueve que vive de S/.2.000 mensuales que ganan en uno de los hornos de ladrillos ubicados en el barrio. El ingreso más alto es de S/.4.000 por persona perteneciente a una familia de cuatro, cuyo ingreso fluctúa por sobre los S/.15.000, siendo el jefe de familia un artesano calificado con tienda propia. El ingreso mensual promedio per cápita de los entrevistados es S/.1.665.

En las familias de más precarios recursos, el cultivo de productos agrícolas o su tráfada de la tierra natal no constituye otra cosa que la pieza angular de la estrategia de sobrevivencia. De hecho varias familias expresaron que sin eso simplemente no podrían vivir en la urbe y estarían obligados a regresar al campo donde por lo menos la comida es garantizada.

LOS HORNOS: EJEMPLO VIVO DE LAS RELACIONES PRECARISTAS

La avalancha migratoria a Quito ha agudizado el déficit habitacional ya de incalculables proporciones. La incapacidad de los aparatos estatales de adecuarse a esta demanda generaliza la auto-construcción entre el sector asalariado y empobrecido. Las construcciones de personas de escasos recursos económicos son en la mayoría de los casos estandarizados, siendo su característica más típica, la estructuración de la casa de tal manera que sea fácil agregar un piso o un cuarto para familiares, hijos que se casen o arrendatarios. Estas viviendas generalmente se levantan a base de mano de obra del dueño, su familia y uno o dos peones contratados. Muchas veces estas casas ocupan ladrillos hechos en hornos artesanales, como también las construcciones de las capas medias. Con el boom de la construcción ha aumentado la demanda para estos ladrillos y los jaboncillos, hecho que se refleja en la proliferación de los hornos que los fabrican.

Generalmente estos hornos son localizados en barrios periféricos porque los terrenos son baratos, hay tierra suficiente para la confección del ladrillo, hay una mano de obra accesible y acostumbrada a la superexplotación, y desde el comienzo de la década de los '70, por ordenanza municipal, la ubicación de estos hornos ha sido prohibida en ciertas vecindades residenciales, por el humo contaminante que producen. En "La Victoria" hay siete hornos, algunos completamente artesanales en que todo se hace a mano; otros hornos que utilizan maquinaria vieja pero que acorta la parte más pesada del proceso; y otra que funciona a base de diesel. En ese último podemos hablar ya de pequeña industria dado que hay trabajadores que ganan un sueldo y tienen horarios fijos, y existen contratos regulares con maestros de la construcción para el retiro de una cuota de ladrillos. Pero en algunos de los otros hornos, hay condiciones que se asemejen al concertaje.

La primitividad del sistema productivo en algunos de estos hornos hace que el nivel de explotación sea muy alto. Lo más primitiva

la instalación, lo más bajo el salario ganado tanto por el peón como por el dueño del horno. Es la poca competitividad del producto en el mercado, más lo demoroso de la elaboración cuando no hay maquinaria, que empuje hacia abajo estos sueldos. Los peones son pagados por la cantidad de ladrillos terminados. Comunmente trabaja toda la familia del peón pero sólo uno (el jefe de familia por lo general) recibe el pago. La ganancia es tan reducida que el dueño del horno tiende a donarle vivienda (una mediagua) al peón y su familia. Estos van fijando su horario de trabajo como quieren, en muchos casos extendiendo la jornada desde la madrugada hasta el oscurecer, de lunes a sábado, comprometiendo en esta actividad y con ese ritmo a varias personas de todas las edades. Los peones ganan S/.45. el ciento de ladrillos y S/.30 el ciento de jaboncillos. El proceso de elaboración de aproximadamente mil ladrillos se demora tres días entre la mezcla de la tierra con agua, el moldeo del bloque a mano, la secada, y luego viene otra etapa que es el cargamento del horno y la quemada durante 72 horas ininterrumpidas. Para cargar y descargar el horno de los siete mil ladrillos que son quemados juntos, se reclutan parejas, mujeres solas o niños. Los hombres cargadores reciben S/.120 al día, las mujeres S/.100 y los niños S/.80. Estos cargadores son traídos de las periferias del barrio, donde de hecho, a muy poca distancia, uno pierde cualquier semejanza a zona urbana. Las casas son de tipo rural y los habitantes son más solidamente indígenas. Estas personas carecen de un empleo asalariado fijo, sobreviviendo mayormente de la agricultura.

Los peones 'regulares' no tienen derecho a cultivar, hecho que agrava más todavía su situación precaria. Por lo menos en otros casos de extrema pobreza, la familia puede recurrir a la sembrada de maíz para amortiguar los efectos de un salario de hambre.

En cuanto a los dueños de los hornos, también existen enormes diferencias en cuanto a su extracción y situación social. El dueño del horno más rudimentario era artesano (sombbrero). Empezó trabajando en su horno veinte años atrás cuando el área era

pura hacienda todavía. Hacía laborar a toda su familia y así es, hasta el día de hoy (ha tenido 11 hijos). A pesar de ser dueño del horno, no es dueño del terreno donde éste se ubica. El pago del arriendo lo da en concepto de 7.000 ladrillos cada cinco años. El y su familia aún trabajan directamente en la fabricación de los ladrillos, y su ganancia apenas supera el sueldo mínimo. Había otro dueño de horno, ya antiguo de diez años, que arrendaba un gran lote de Leticia Alvarado y cuando ésta le subió el arriendo de S/.500 a S/.6.000 al mes, el señor dejó de pagarle, reclamando que la tierra estaba ya sobre pagada. Hace dos años que el dueño no ha regresado al horno, quedándose ahí el cuidador, su familia y unos paisanos de Riobamba, todos en posesión de la instalación. Trabajan con una máquina colombiana que ya carga con 20 años de uso, que les ahorra el trabajo de mezclar, pulir y moldear los bloques. Entre una docena de mujeres y hombres ellos funcionan en una especie de cooperativa en la que son compartidas las ganancias como también los inevitables costos de reparación de la máquina. Y por último en el horno que opera con diesel, el dueño es ausente, tiene un administrador, y la instalación le proporciona una ganancia regular.

ESTRUCTURA FAMILIAR

Otro componente de la estrategia de sobrevivencia se relaciona a cómo la gente 'se va acomodando' para habitar en un espacio muy reducido. El primer delegado de la familia que se arriesga a venir a la ciudad, a engrosar las filas de los asalariados, a soportar años como arrendatario para poder después darse el salto a ser propietario y levantarse una mediagua, de hecho ha pavimentado el camino para que sus familiares, parientes y paisanos no tengan que hacer el mismo sacrificio. El primer delegado sirve como base operativa para el que le sigue: le ayuda a conseguir trabajo, le aloja y le alimenta hasta que éste se pueda independizar. De hecho el tener como allegados a varias personas es muy común —situación que a veces se prolonga por años. Esto va incidiendo sobre la estructura

del grupo familiar que habita un mismo lote, y sobre el uso del espacio físico. Con la llegada de familiares se 'acomoda' el espacio existente, hecho que funcionaliza al máximo el uso de los objetos al interior de la vivienda. La cama en que duermen los padres es la misma encima de la cual los hijos hacen sus deberes y a su vez sirve de asiento para las visitas. La mesa es el lugar donde se prepara la comida, donde se come, plancha, bebe.

Es muy común que los padres o suegros emprendan la misma ruta migratoria que los hijos (una vez que éstos se hayan estabilizado), arribando a la urbe a instalarse en la vivienda de los hijos. También se ve mucho que los hijos casados habitan una pieza o un piso de la casa de los papás, por supuesto sin pagarles arriendo. Hay múltiples ejemplos de hermanos menores que llegan a vivir con sus hermanos mayores ya casados y con familia propia. De 37 familias, 18 viven en lo que podríamos llamar la familia nuclear mientras que 19 se organizan de otra manera.

Tabla III: Estructura Familiar en un mismo lote

Familia Nuclear sola	18
Familia Nuclear con hijos casados o solteros y con hijos propios	6
Familia Nuclear con suegros o padres	2
Familia Nuclear con parientes	5
Madre sola con hijo(s)	2
Padre solo con hijo(s) y otros parientes	1
Migrantes solos arrendando	1
Hermanos juntos	2
Compadres arrendando de compadres	1

A la vez que existen lazos familiares, de compadrazgo, y entre paisanos que van condicionando la faz del poblamiento de un barrio y que a su vez constituyen un factor cohesionador, hay otro lado de la medalla que es preciso examinar. Como ya se mencionó, la inserción en la urbe es a veces acompañada de un proceso de desculturización que se expresa en la negación del pasado de uno. Existe tanta inseguridad y falta de preparación para desempeñarse en el nuevo contexto urbano que en algunos casos esto se

manifiesta como una humillación por los antecedentes y trayectoria propios. En el barrio hay dos casos muy claros que ejemplifican esa disyuntiva.

Un caso trata de tres hermanos, hijos de agricultores del Norte de la Sierra. El papá trasladó la familia a Quito hace unos 25 años. Los pasos seguidos por la familia son una caricatura de lo que miles han hecho: al llegar a la ciudad, fueron a arrendar en el Pannecillo; el papá ganaba un diario como jornalero, parándose en la 24 de Mayo a la expectativa de algún trabajo; y el hijo mayor tuvo que abandonar la escuela para salir a trabajar. Hasta ahí es un caso típico. Pasaron unos años y el hijo mayor fue ascendiendo en su trabajo hasta convertirse en empleado con un buen sueldo y bastantes comodidades, mientras los otros dos hermanos menores salieron del colegio para aprender unos oficios (soldaduría, plomería, electricista), para luego salir a trabajar de obreros calificados. La mamá de ellos decidió comprar un lote para los tres hijos, obligándoles a ser vecinos. Pero ya a esas alturas, un mundo separaba a los dos hermanos menores del mayor. Este tenía carro, garaje, una tienda en el barrio, una linda casa, mientras los otros dos, ya casados y con familia, montaron sus mediaguas en el otro extremo del lote y seguían viviendo de una manera humilde y sin mayores comodidades. Entre ellos no hay comunicación, ni mucho menos amistad o espíritu de cooperación. Los unos se sienten que el otro es un arribista, mientras el otro mira de menos a sus hermanos menores, queriendo negar los lazos familiares.

En el otro caso, se trata de dos hermanas, también vecinas, que vienen de una familia agrícola muy pobre en la cual habían 6 hijos muertos y 4 vivos. Al morir su padre, la mayor de once años fue cedida a un doctor para hacerle el aseo y cuidarle un niño, mientras que la menor se quedó con la madre. Con los años la mayor se casó y empezó a trabajar en el pequeño comercio, terminando en el contrabando. La menor también se casó y se puso a trabajar de vendedora ambulante de comida y después de helados. La mayor hoy tiene carro, una sirvienta y tiene un

ingreso imposible de averiguar. Al ser entrevistada, negó tener parientes o familiares en el barrio. Una vez a su hermana menor le gritó: "india, longa que eres ¡qué vas a ser hermana mía!"

ESTRUCTURA ECONOMICA Y LOS DIRIGENTES

Los objetivos de este trabajo no incluyen un análisis a fondo de la orientación político-ideológica de los moradores de "La Victoria". Sin embargo, algunos breves alcances se puede hacer al respecto. Existe una cierta periodización en la trayectoria de lucha que han encaminado los moradores. La primera etapa fue caracterizada por un nivel muy precario e informal de organización. Quienes participaron en ella eran los más resueltos e interesados en la lucha por el mejoramiento barrial y varios de ellos habían participado en la lucha sindical o la reivindicativa en otros barrios. O sea que hubo una especie de selección natural de los que encabezaron las movilizaciones. Por lo tanto, y debido a la dramática falta de servicios rudimentarios y la negativa de las autoridades correspondientes a atender estas necesidades, se dio en esa primera etapa un grado de lucha considerable, incluyendo acciones de tipo extra-legal. Los dirigentes asignados por consenso en ese entonces eran un plomero y una (muy) pequeña comerciante.

Luego y a partir de la victoria alcanzada sobre las autoridades de la Empresa Eléctrica, se elige ya de manera más formal una directiva compuesta por cuatro hombres. Como era natural, ganaron las personas que habían organizado y ejecutado la toma de la luz eléctrica. Aun los que habían sido los más temerosos reconocieron el valor de los impulsores de dicha acción. En esa directiva había un carpintero, dos obreros y un empleado. Mientras ellos eran dirigentes el barrio se mantenía relativamente unido, dispuesto a asistir a mingas y sesiones, atento a cualquier llamada a cualquier hora para la reparación de un grifo o la captura de un ladrón. Pero con lo que podríamos llamar la normalización de la vida en el barrio, o sea la instala-

ción de lo más indispensable (el agua y la luz), el afán de reclamar lo mucho que aún faltaba, se fue disminuyendo. Este viraje va paralelo al siguiente fenómeno: la segunda directiva elegida estaba compuesta por personas, cuya situación socio—económica está muy por encima del promedio. De hecho tres de los cuatro dirigentes eran de las personas con más alto ingreso del barrio. Sin duda que las personas elegidas son individuos sumamente responsables y sinceros en su deseo de mejorar al barrio. Pero también es cierto que la mentalidad promedio de la gente ve al vecino más acomodado, con un sueldo superior, quizás un lote más grande, viviendo en una casa más amplia y mejor construida, poseyendo una refrigeradora, y llegan a la conclusión de que si el vecino 'X' ha logrado "ascender de categoría", entonces tendrá conocimientos e influencia que pueden ponerse al servicio del barrio. Siguiendo esa lógica, la comunidad también se siente mejor representada por alguien "de categoría" que por alguien que represente el real nivel socio—económico del barrio. Ahora bien, el problema de fondo no es el nivel de ingresos de los integrantes de la segunda directiva (o la tercera recién elegida donde se repite el fenómeno). Se trata más bien de la capacidad de los dirigentes, quienes sean, de aglutinar intereses muy dispersos, entre inquilinos y propietarios, entre los que viven abajo en el cerro y los que viven arriba, entre familiares que se resienten, entre mestizos, negros, blancos e indígenas. De hecho hay muchísimas cosas que pueden unir a tan diverso grupo humano: canalización, empedrado de las calles, transporte público, teléfonos, áreas verdes, mejores escaleras, alcantarillado. El problema reside en que hasta ahora los dirigentes han adoptado una postura sumamente pasiva con respecto a la resolución de estas faltas. No han procurado consultar y mucho menos movilizar a las bases. Puede ser por la falta de una coyuntura política a nivel urbano que les oriente; puede ser por una falta de adiestramiento en este ámbito de lucha; o a lo mejor se trata de que a pesar de sus buenas voluntades, no existe la suficiente urgencia (ya que ellos viven comparativamente bien) como para emprender otro ritmo y estilo de trabajo.

CONSIDERACION FINAL

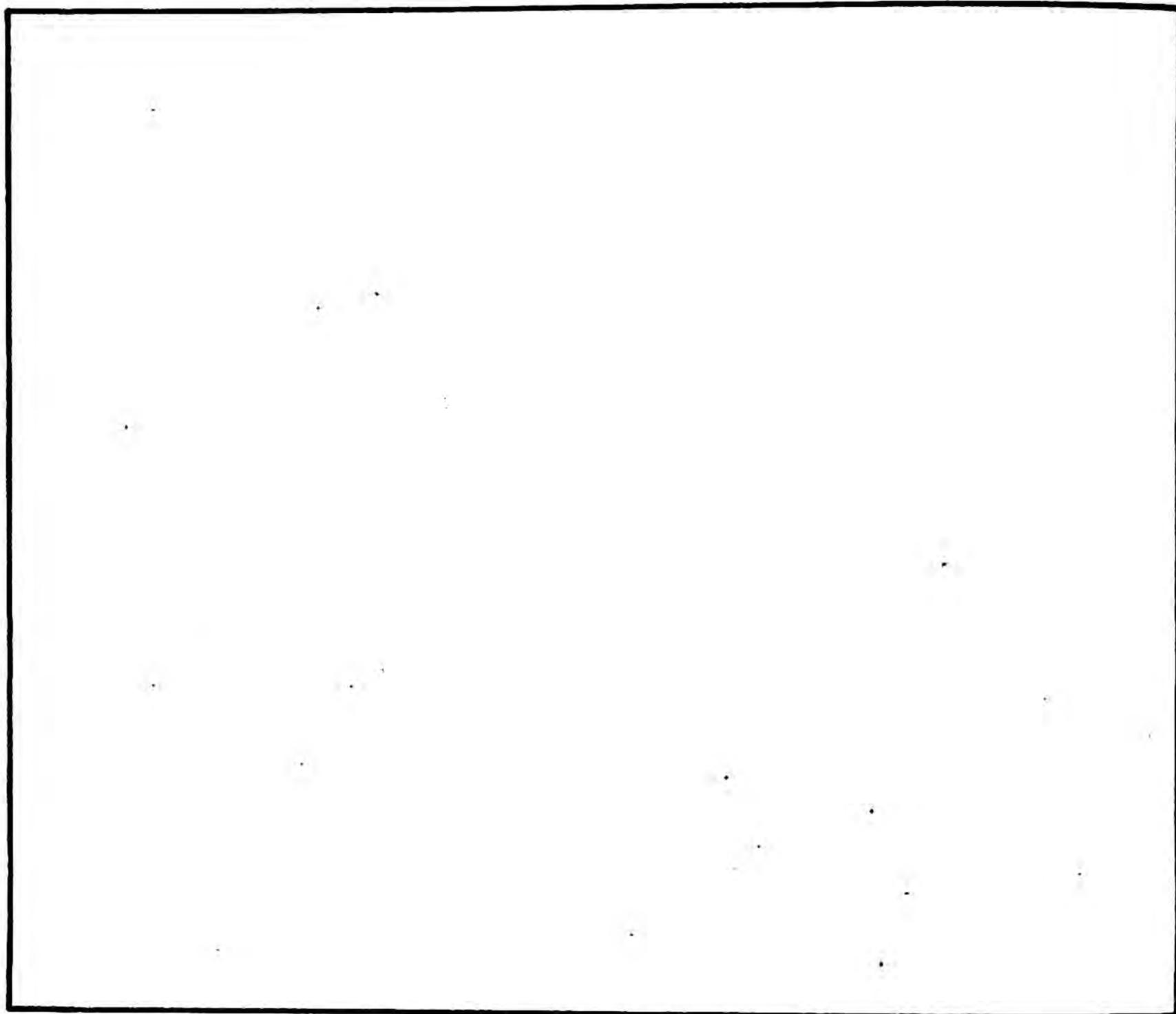
Lo que queda claro a partir de esta exposición es que quienes soportan el peso del salto a la urbe son el migrante y su familia. Consideraciones antes desconocidas en el campo (el pago de arriendo, la compra de la comida) se convierten en imperativas para la sobrevivencia cotidiana en la urbe. La extraordinaria adaptabilidad del que sale prácticamente expulsado de su tierra natal, es el único eje rector del proceso migratorio. Si el migrante no estuviera dispuesto a pasar años arrendando, cambiándose de trabajo y hasta de oficio, llegando a comprarse un lote en lugares hasta ese entonces abandonados e inaccesibles, a soportar los caminos de lodo en el invierno y los de polvo sofocante en el verano, a vivir largos tiempos sin agua y luz, a apretarse con su familia y los que le siguen a la urbe en una vivienda estrecha y no dotada de servicios, a sembrar maíz en los pocos metros sobrantes en el lote para por lo menos contar con eso, a mandar sus hijos a trabajar desde temprana edad, entonces no habría un movimiento migratorio permanente. Y por cierto que lo contradictorio de esto —y sobre este punto los moradores de "La Victoria" tienen bastante claridad y por eso se sienten atrapados— es que todo ese conjunto de sacrificios y adecuaciones son una válvula de escape inmejorable para las autoridades municipales, a tal punto que no se oponen a las lotizaciones clandestinas, más bien las incentivan. Qué mejor remedio para el crecimiento urbano de una ciudad ya segregada con lugares claramente delineados como territorio de las clases dominantes. Entonces la urbe se va ensanchando y ese suelo se va dividiendo en miles de lotes donde los habitantes no tienen otra alternativa que autoconstruir sus viviendas. En la medida en que la lotización clandestina y el barrio periférico se legitimen como algo normal y esperado por el migrante, éste no protesta.

La velocidad de crecimiento de los barrios periféricos se mantiene, topándose con la inadecuación cada vez mayor de los recursos municipales. Lo que tiene que examinarse es si la heterogeneidad de quienes habitan este tipo de lotización clandestina y si el peso

ideológico de haberse hecho propietario, impide que este sector humano aporte a la articulación de un movimiento popular urbano.

Desde luego que entre los mismos barrios periféricos existe gran diferencia; en algunos hay una falta total de servicios y la ausencia de escrituras de propiedad; en otros la población es más sólidamente indígena, empobrecida y semiproletaria. Pero en todos estos

barrios existen intereses objetivamente comunes, que en términos potenciales podrán ser despertados y canalizados. Si las fuerzas progresistas no se preocupan de establecer una presencia en estos barrios, de legitimarse no por programas partidistas sino por señalar —y por encima de cualquier sectarismo— un camino efectivo y realista de lucha, serán las fuerzas populistas que lo harán (y de hecho ya han ganado bastante terreno).



NOTAS:

- 1 GILDA FARREL, Migración Temporal y Articulación al Mercado Urbano de Trabajo— Estudio del Caso, Manuscrito.
- 2 Ibid; y ver SIMON PACHANO, Las Migraciones, pp.107—8.
- 3 LUCAS ACHIG, La Estructura Social y las Políticas de Ocupación del Suelo de Quito, CIUDAD, 1980.

- 4 Entrevista hecha en junio de 1981 a un fundador del barrio.
- 5 Ibid.
- 6 Ibid.
- 7 Ibid.